



VLADIMIR MAKANIN, *El profeta*, traducción de Lydia Kúper, Marbot, Barcelona, 2011, 255 pp. ISBN 976-84-92728-14-5. (*Predtecha*, 1983).

La vorágine, el trajín, el ajetreo de la ciudad son un fiel reflejo del desasosiego del ser humano, muestran con evidencia su inquietud, tal vez por la repetición interminable de hombres que se encuentran, que se separan, que se cruzan y que se despiden. En medio de su vivir cotidiano podemos encontrar el tedio de sus ciudadanos y sus innumerables intentos de evasión. Y sobre esas calles inquietas Makanin crea a Yakushkin, un genio que hace patente la turbación personal de sus “hermanos” con el único fin de liberarlos. Se encuentra con ellos en un momento trágico, bajo la angustia de la enfermedad, y a través del dolor, la memoria y la soledad consigue la resurrección. El genio, el curandero, el profeta, el médico... exige quedarse a solas con el enfermo “rodeado por sus fracasos” con la intención de invocarlos, de recordarlos para detener el tiempo en medio del dolor, antes de la muerte, sabedor que es el último recurso (“en la desgracia se acude a todo”) al que acuden con la intención de salvarse. Sólo a través de la memoria el hombre encontrará consuelo: “estás condenado a muerte desde que naces. Todos estamos condenados: más vale que pienses en

cómo te has lucrado en la vida” y así dejarás de tener dolor porque “un hombre honrado no siente dolor cuando se muere”.

Y, tras acercarnos a nuestro pasado, podemos enfrentarnos a nuestro futuro, siendo la huida el único remedio. Huir, abandonar la ciudad, dejando atrás todo lo que hemos amado, si es que hemos amado algo: “en una ciudad grande son frecuentes las lágrimas”. A pesar de ser el único lugar donde desea vivir (“el hombre prefiere vivir y trabajar allí donde el trabajo es más vivo y dinámico: en el rabión”), la ciudad encarna todos los males del hombre y no cabe alternativa: debemos abandonarla porque no hemos sido capaces de vivirla. El regreso, siempre doloroso, nos deja exhaustos y en manos de nuestro salvador. Éste hace de nosotros un frágil globo de papel seda que, alimentado por una débil llama, queda a merced de la brisa, como las luces de la noche en la ciudad, “nocturnas ventanas amarillas como oro disperso”, que encarnan el alma del moribundo.

Pero la obsesión por la memoria precisa de un instrumento que la haga permanente, y a pesar de que Yakushkin no confiara en ella, la escritura es ese instrumento que entierra la verdad o la propaga: “con la pluma podía escribirse o tacharse cualquier cosa”. Por lo escrito, pero también por lo que deja de escribirse, se va construyendo la historia de los hombres. El profeta no escribe, no ofrece más palabra que aquella que sale de sus labios, pero sus discípulos saben de la importancia de escribir sus enseñanzas para dejar el testimonio que otros precisan: Kolia y Kuzovkin se obsesionan por tomar nota de los discursos del profeta, por anotar todas sus andanzas, por reducir a método sus acciones y “milagros”, como única manera de hacerlo perdurar, de prolongar su vida. De hecho, cuando la fe en su maestro se deteriora recurren a sus notas para certificar la verdad de su creencia. Sólo por la escritura podremos transmitir a los que vienen detrás nuestra memoria: “los recuerdos sólo se añadían, gota a gota, a lo ya existente” Esa continua mirada



hacia atrás nos enriquece porque va sumando a nuestra sabiduría la de los que nos precedieron, y en estos momentos (y también en los de Yakushkin), cuando la tradición oral se va apagando, sólo nos queda recurrir a lo escrito, de cualquier modo y en cualquier sitio, para saber y aprender.

A partir de aquí las escenas se suceden para rodear al profeta de los más variopintos tipos de la sociedad moscovita o de cualquier otra ciudad: los médicos, temerosos de perder ascendencia sobre sus pacientes por la aparición de un curandero capaz de sanar a quien ellos han desahuciado; los ciudadanos, dispuestos a pagar con dinero servicios imposibles; los borrachos y marginados sin techo, convencidos de que su libertad radica en seguir en la calle; los fieles incondicionales, atrapados entre la veneración y la compasión; su propia familia, representada en su hija Lena y en su nieto, que viven su propio viaje interior, ajenos a la doctrina del profeta, pero próximos a él: “las palabras son palabras, pero lo que vale es la acción”. Y junto a su hija Lena, el resto de mujeres de la novela (Inna, Liuisa, Tonia...), heroínas por sobrevivir asidas cada una a su particular tabla de salvación. La amistad, la fe, el amor filial, la pasión, el orgullo, la magia... son sus recursos y la independencia es su valor: “Los hombres, que la cansaban por su monotonía, por no decir estupidez, se negaban a creer que una mujer joven podía elegir y vacilar, y mucho menos pensar; suponían que todo ello eran reminiscencias de películas y capítulos de novelas, pero que en la vida real, decían, lo fundamental, lo que decidía y decide se encuentra, como es lógico, en los pantalones de los hombres”.

La búsqueda de los límites entre los que vivir constituye el devenir de cada uno de los hombres y mujeres que habitan la novela de Makanin. Un relato en el que a los personajes no los vemos crecer, sino transitar, hecho nada extraordinario por otra parte. Pero lo extraordinario resulta ser su órbita: alrededor del personaje central del relato los personajes se mueven como cometas, describiendo órbitas distantes por momentos y al poco cercanas: igual que van, vienen; de la misma manera que se acercan, se alejan. De esta manera los dota de los atributos que mejor le sirven para encaminar al lector: Makanin realiza un recorrido interminable por las calles de Moscú, de desgracia en desgracia, de tragedia en tragedia, de lecho en lecho, guiado por un ex presidiario esquizofrénico que, víctima de un accidente, transforma su locuacidad en genialidad, pasando de bufón a mártir. Yakushkin nos hace de guía en la búsqueda de la verdad, deambula por las calles de Moscú, y en cada casa va dejando un trozo de sí mismo. Al abandonar la casa del enfermo sanado “caminaba con paso vacilante, como devastado, dirían que había hecho entrega de todo su ser”. No lo parece, para él es una certeza: “A un ser desgraciado es preciso entregarle parte de tu propia vida”. El método de curación no radica en los discursos, los masajes, la dieta, sino en la empatía, por la cual el genio es capaz de ponerse en el lugar del otro para salvarle. Pero no es su intención resucitar a los muertos, ni prolongar la vida de los vivos (“No están enfermos, se mueren”); sólo pretende sanar o recuperar aquello que de sano queda en el moribundo.

La novela parece un nuevo evangelio donde se narra la vida de un profeta, también él resucitado, que se dedica a sanar a los moribundos, obrando milagros entre los menesterosos, adoctrinando a los necesitados, atendiendo a los marginados. Rodeado de fieles que le atienden, le ensalzan, le adoran, pero que también, en cierto momento, le abandonan. Un nuevo Jesucristo que proclama la hermandad entre los hombres y entiende la enfermedad como la penitencia por olvidarnos de pensar y de atender al otro. Pero no estamos delante del Dios único (“Yo soy el camino, la verdad y la vida” Juan, 14, 6). Y por ello se le llama profeta, porque, aún buscando la verdad, sabe que él no es la misma verdad, y que ésta no



es exclusiva de un hombre solo porque “la verdad no pertenece a uno u otro parlanchín o genio, sino que es un proceso. La verdad es como una sucesión de genios”. Se suma así a la tradición anónima que, como conocimiento, vamos heredando, sin intención de ser recordado ni por aquellos que curó ni por aquellos que perdió.

Con toques de magia y divinidad, sobre dramas humanos y terrenales, es el hombre el que acaba salvándose a sí mismo: entre las raíces profundas de la tierra, en el interior de él mismo encuentra Yakushkin su propia salvación una vez que aquellos que le adoran le abandonan. En esa tarea en solitario, de nuevo en soledad, va agotando poco a poco su vida y a la vez la va recuperando.

*José V. Garibo*